

5.1

Una crítica a la economía verde



Lili Fuhr

Fundación Heinrich Böll, Jefa del departamento Ecología y Desarrollo Sustentable de la Fundación en Berlín. Lili Fuhr estudió Geografía, Ciencias Políticas, Sociología y Estudios Africanos en Colonia, Tübingen, Strasburgo y Berlín. Desde 2006 se desempeñó en diferentes posiciones dentro la fundación. En 2008 asume como jefa del departamento Ecología y Desarrollo Sustentable de la Fundación en Berlín con enfoques en política climática internacional y recursos naturales.

RESUMEN EJECUTIVO

A continuación, se refleja una conversación entre Fundación Ambiente y Recursos Naturales (FARN) y Lili Fuhr quien dirige el Departamento de Ecología y Desarrollo Sostenible en la Fundación Heinrich Böll, con sede central en Berlín, Alemania.

Fuhr es co-autora -junto a Thomas Fatheuer y Barbara Unmüßig- de "Kritik der Grünen Ökonomie" ("Dentro de la economía verde. Promesas y trampas") obra en la que se proponen explorar los supuestos básicos de la economía verde, sus hipótesis y las soluciones que propone, para ilustrar y criticar sus efectos en la práctica.

La "economía verde" es un concepto que considera que la economía podrá resolver los problemas ambientales continuando en la misma actual senda, con énfasis en un crecimiento eco-

nómico de carácter “verde” que mejore la eficiencia y minimice el consumo de recursos. De acuerdo a su análisis sobre economía verde efectuado en Kritik der Grünen Ökonomie, esta posee varios puntos ciegos y remite a una visión optimista, cuasi-romántica de las relaciones sociales, ignorando enraizadas estructuras de poder económico y político. En su visión ¿cómo condicionan/operan las actuales estructuras vigentes de poder económico y político que no son abordadas por el concepto de “economía verde”?

Vivimos en tiempos de desigualdades extremas: solo ocho personas, de hecho, ocho hombres, poseen la misma riqueza que los 3600 millones de personas que conforman la mitad más pobre de la población mundial (según las cifras de Oxfam). La tierra es un recurso particularmente valioso: el europeo medio necesita 1.3 hectáreas -dos campos de fútbol- para producir todos los alimentos y otros productos que consume cada año. Esto es, aproximadamente, seis veces más de lo que está disponible para cada bangladésí. Casi el 60% del área consumida por los europeos se encuentra fuera de la Unión Europea.

También vivimos en tiempos de fusiones y adquisiciones globales extremas en el mundo corporativo. El año 2017 marcó el cuarto año consecutivo en que éstas superaron los \$3 billones (según el Grupo ETC). Durante el año pasado, fueron noticia especialmente las megafusiones de agronegocios a lo largo de toda la cadena de valor, incluida la maquinaria agrícola y las compañías de fertilizantes.

La riqueza, el poder y el control sobre los recursos y la “big data” se concentran en muy pocas manos, y esta concentración aumenta cada vez más. El impacto inmediato de este poder corporativo se comprueba cuando las políticas no actúan respetando el interés público y no protegen nuestros derechos básicos, incluidos los derechos de las minorías sociales; sino que solo protegen los intereses preestablecidos y lucrativos de sectores con poder y dinero. Cualquier protesta o acción que pretenda reclamar esos derechos y libertades básicos se enfrenta con una creciente represión. Los espacios para la sociedad civil se están reduciendo, las y los defensores de los derechos humanos y ambientales están siendo procesados, criminalizados y muchos son asesinados.

Las soluciones que ofrece la economía verde son ciegas a estos desafíos y luchas políticas. Pero también ignoran cuestiones políticas muy básicas, como los sistemas y regímenes políticos que necesitan implementar estas soluciones, y las relaciones de género que juegan un rol importante en los problemas pero también en las soluciones. Dos ejemplos para ilustrar este punto:

Ejemplo 1: la fe en la innovación tecnológica es muy importante para las promesas de la economía verde. No cabe duda de que necesitamos innovación en todos los niveles – el social, cultural y tecnológico- para lograr una transformación global. Sin embargo, la innovación, particularmente la de naturaleza tecnológica, siempre debe ser juzgada dentro de sus contextos sociales, culturales, ambientales y políticos. Después de todo, la innovación no es automática ni es una conclusión inevitable. Está conformada por los intereses y las estructuras de poder de los actores sociales.

Por lo tanto, muchas innovaciones no contribuyen a una transformación fundamental, sino que legitiman el statu quo y, a menudo, extienden la vida de los productos y sistemas que ya no son aptos para el futuro. La industria del automóvil, por ejemplo, está produciendo mayor cantidad de motores de consumo eficiente de combustible, pero también vehículos más grandes, más potentes y más pesados que nunca. No se trata de vender coches eléctricos como LA solución a la crisis climática. Al mismo tiempo, ha demostrado ser altamente innovador en manipular las pruebas de emisiones, como lo demostró recientemente el llamado "Dieselgate" (el escándalo de emisiones contaminantes de vehículos Volkswagen). Además, está reemplazando los combustibles fósiles por biocombustibles que son altamente problemáticos, tanto social como ecológicamente. Tenemos que preguntarnos honestamente: ¿podemos esperar que tal industria asuma un rol de liderazgo en una transformación que reestructurará radicalmente nuestro sistema de transporte, en detrimento de los vehículos de motor privados y en detrimento de quienes producen estos automóviles y ganan buen dinero por ello?

Ejemplo 2: a las personas que son expulsadas de sus tierras no les importa si esto sucede debido a una mina de carbón, a una gran presa hidroeléctrica o a un parque eólico de gran escala. Una industria que produce energía renovable no es necesariamente socialmente justa o éticamente mejor que la economía basada en energías fósiles cuando se trata de proteger los derechos a la tierra y de implementar el consentimiento libre, previo e informado.

¿Desde su perspectiva, cómo es posible construir una economía con menos bienes materiales y una perspectiva distinta, en un mundo donde prima la inequidad y la injusticia social y ambiental?

Uno de los primeros y más importantes pasos es adoptar una noción que yo llamaría "realismo radical". Me refiero a que muchas de las soluciones y alternativas que consideraríamos como ecológicas y socialmente justas, a primera vista pueden parecer ingenuas, políticamente irreales o inclu-

so románticas, porque en este momento solo las implementan muy pocas personas y a escala local. Pienso en las variaciones de una economía de intercambio, como la agricultura apoyada por la comunidad, los sistemas agro-ecológicos o las prácticas de “residuos cero”. Llevar estas ideas a una mayor escala en combinación con una salida gradual de los combustibles fósiles parece hoy en día mucho más realista -incluso desde un punto de vista de factibilidad política- que continuar realizando negocios poco eficientes con el despliegue masivo de tecnologías disruptivas, como la geoingeniería o la biología sintética. Creo que un mundo de injusticia climática, donde millones de refugiados están huyendo y un puñado de naciones poderosas y tecnológicamente avanzadas y sus aliados corporativos controlan el termostato global, es mucho más irreal e ingobernable que uno en el que recuperamos el control de nuestros recursos naturales, ecosistemas, derechos básicos y libertades.

La pregunta es: ¿quién se beneficia y quién pierde? La existencia de un pequeño estado insular es negociable, pero el estilo de vida estadounidense no lo es. En este momento, el problema es que aquellos que se benefician del statu quo también se beneficiarán de una economía verde y sus soluciones tecnológicas. Entonces, la razón por la que no estamos progresando no es debido a la carencia de ideas. Es la falta de voluntad política lo que nos está deteniendo -o más bien, la masiva voluntad política de que continuemos por el camino del crecimiento y los arreglos tecnológicos.

El “realismo radical” es importante para la comprensión de una ecología política con sustento, que no se acobarde ante preguntas incómodas, y que busque consenso en la sociedad, para lograr una transformación social y ecológicamente justa. Es por eso que en nuestro libro determinamos la necesidad de una repolitización de las políticas ambientales y un retorno al término “ecología política”, como un modo de comprender los complejos vínculos entre la política y la ecología, y entre los humanos, como parte de la naturaleza. Replantear los problemas de esta manera podría dar mayor prioridad a la política ambiental y la gobernanza sobre los intereses económicos. La interacción entre las innovaciones sociales, culturales y tecnológicas debe ganar más atención. Las tecnologías, y especialmente su impacto social y ecológico, deberían estar sujetas a un amplio debate y control democrático. Un enverdecimiento de la economía a través de la conservación de los recursos, las energías renovables, las tecnologías eficientes y los incentivos económicos efectivos, como los impuestos, es innegablemente una parte de la solución. Sin embargo, el proyecto de una transformación socio-ecológica global debe ir mucho más allá: debe cuestionar el poder establecido, priorizar los procesos y estructuras de toma de decisiones democráticamente legitimados y centrarse en el cumplimiento

de los derechos ambientales y humanos fundamentales. La reversión de la tendencia tendrá que ser más radical que las propuestas de la economía verde: exigirá pasión y optimismo, e implicará controversia y lucha. El libro "La economía verde por dentro - promesas y trampas" pretende ser una contribución a esta búsqueda global.

¿Cómo pensar esta nueva economía en escenarios con sociedades en las que grandes sectores de la población aún no tienen acceso, por ejemplo, al consumo de electrodomésticos o automóviles, y ansían tenerlos? ¿Cómo convencerlos de que es necesario reducir su consumo si lo valoran y desean?

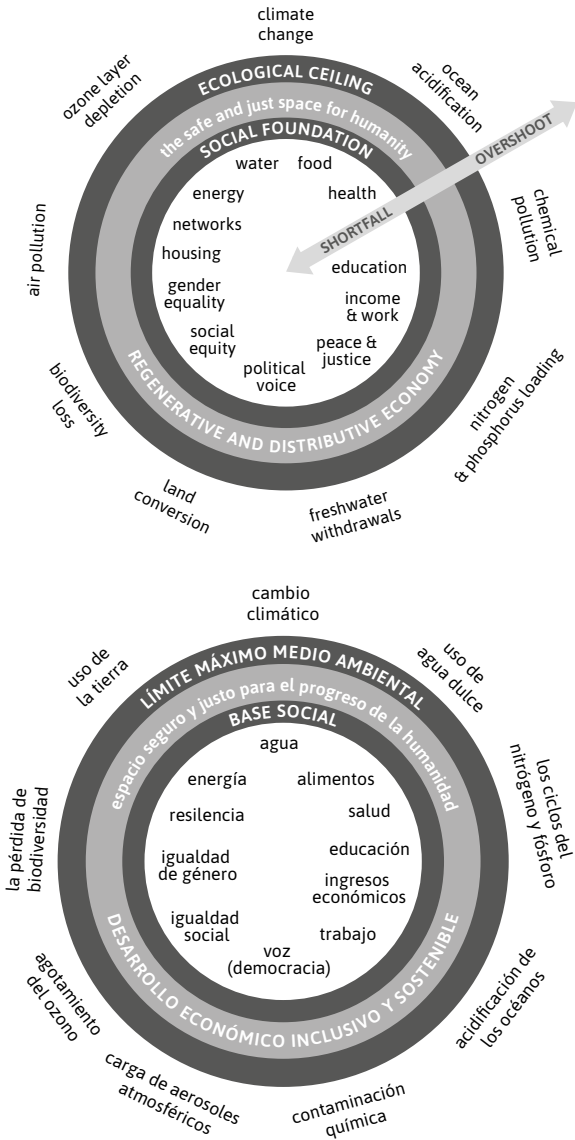
Los conceptos de la economía verde que criticamos son, en gran medida, promovidos por naciones ricas e industrializadas como Alemania, organizaciones como la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (OCDE) y el Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA, hoy ONU Ambiente), y algunas economías emergentes como Brasil. A los países del sur global se les asigna más bien el rol de "receptores" en este contexto; se supone que deben implementar los conceptos, incluyendo la provisión de sus tierras para cultivos bioenergéticos, sus bosques para compensaciones de carbono, sus ecosistemas para créditos de biodiversidad y sus minerales para las tecnologías de comunicación y las energías renovables.

En nuestro libro nos referimos al concepto de la "economía del donut", desarrollado por la economista Kate Raworth, quien construye su teoría sobre el concepto de "límites planetarios". La crisis global es mucho más que una crisis climática. El enfoque de "límites planetarios", ampliamente reconocido en la actualidad, fue establecido por el Centro de Resiliencia de Estocolmo (Stockholm Resilience Center¹). El mismo ha identificado tres áreas donde ya hemos excedido los límites seguros en el campo de la ecología: cambio climático, pérdida de biodiversidad y contaminación por nitrógeno (particularmente a través del uso de fertilizantes en la agricultura).

Kate Raworth desarrolla su trabajo desde el concepto de "límites planetarios", profundizándolo, al incorporar la idea de justicia social: garantizar que nadie sea privado de sus derechos y necesidades esenciales (desde alimentos y vivienda hasta asistencia sanitaria y participación política), asegurando que colectivamente no sobrepasemos los sistemas que sustentan la vida en la Tierra, nuestros llamados límites planetarios (como ser: clima estable, suelos fértiles y una capa protectora de ozono); la idea del "donut"

1. <http://www.stockholmresilience.org/>

de “límites sociales y planetarios” de Kate Raworth es un enfoque para enmarcar ese desafío.



“Donut” de la Economía Circular: el espacio gris claro es el que podemos progresar como sociedad, sin poner en peligro nuestro propio futuro.

La tecnología es un agente esencial en cualquier modelo social, económico y cultural. Sin embargo, desconoce los contextos culturales, políticos y ambientales, e ignora además las estructuras de poder en las que está inserta. ¿Cómo adecuarla en una propuesta de cambio que trascienda un paradigma de economía verde?

Como dije antes: por supuesto, necesitamos innovación y necesitamos tecnologías antiguas y nuevas para resolver la multitud de problemas ecológicos y sociales en el mundo. Pero la clave es la integración social de estas tecnologías. El desarrollo actual de tecnologías nuevas, y potencialmente muy poderosas y destructivas, está ocurriendo mucho más rápido que el desarrollo de capacidades adecuadas para la evaluación de la tecnología y la gobernanza, tanto a nivel de la sociedad civil como a nivel político (nacional, internacional y global). Tenemos que aprender a preguntarnos no solo qué problema puede resolver esta tecnología, sino también a qué más podría potencialmente llegar y conducir. ¿Cuál es el verdadero potencial de transformación? ¿Quién se beneficia y quién pierde? ¿Cuáles son las necesidades reales de recursos? ¿Podría causar daños irreversibles? ¿Podría realmente remodelar las relaciones de poder que dominan hoy nuestro mundo?

El enfoque de no hacer daño y el principio de precaución son ciertamente dos conceptos muy importantes cuando se trata de evaluar tecnologías. Un signo alentador en los últimos años ha sido el hecho de que la Organización de las Naciones Unidas (ONU) creó el Mecanismo Internacional de Facilitación de Tecnologías (TFM por sus siglas en inglés), el cual incluye un foro de múltiples partes interesadas en discutir asuntos tecnológicos, así como también respecto a los riesgos y las oportunidades de las tecnologías emergentes para los Objetivos de Desarrollo Sostenible 2015-2030 de la ONU. Sin embargo, para que esto funcione correctamente, necesitamos una sociedad civil activa en todas las disciplinas. Precisamos que el movimiento ambientalista trabaje con los defensores de los derechos digitales, el movimiento de mujeres, los sindicatos y muchos otros grupos si queremos tener alguna posibilidad de no solo mantenernos actualizados en la agenda que las corporaciones establecieron, sino también desempeñar un rol importante en la conformación de nuestro debate global sobre qué tecnologías queremos y necesitamos para un futuro justo y sostenible.

Para lograr una transformación socio-ecológica integral que cuestione el poder establecido, que dé prioridad a procesos de toma de decisiones democráticas legítimas y se centre en el cumplimiento de derechos ambientales y humanos fundamentales, en lugar de inversiones que intensifican el actual modelo, ¿cuál es el lugar de los movimientos

sociales, ciudadana/os y ambientales en este debate y los procesos de lucha y resistencia?

La transformación social y ecológica que necesitamos es impensable sin una sociedad civil fortalecida y crítica. Los movimientos sociales deben jugar un papel importante. Pero como ya mencioné anteriormente, éstos afrontan una fuerte resistencia y represión, y los espacios para la sociedad civil se están reduciendo en todas partes.

Desafortunadamente, también hay luchas hacia adentro, entre las organizaciones de la sociedad civil y los movimientos en torno a estas cuestiones. La sociedad civil no está unida en lo que respecta a la economía verde. En nuestro libro describimos la experiencia de participar en 2012 en la gran marcha en Río de Janeiro, durante la Cumbre Río+20, donde se estableció la economía verde como un nuevo paradigma global. Decenas de miles de personas salieron a la calle para protestar contra esta "economía verde". No fueron las corporaciones del petróleo, el carbón o las agroindustrias las que movilizaron a los manifestantes, sino movimientos sociales y organizaciones no gubernamentales (ONG), predominantemente del sur global, incluidas algunas de nuestras organizaciones socias. Estas protestas contra la visión de una economía verde provocaron una respuesta dividida. ¿No deberíamos estar dirigiendo todos nuestros esfuerzos hacia la superación de la economía de combustibles fósiles? ¿No es la economía verde exactamente lo que el movimiento ambientalista ha estado exigiendo durante décadas? Muchos grupos ecologistas dominantes tenían poco conocimiento de los manifestantes y se sintieron traicionados.

La pregunta central es qué significa, y cómo el concepto de una economía verde es explicado en la realidad por actores clave como el Banco Mundial, la OCDE y los "think tanks" basados en negocios, que en la actualidad son quienes enmarcan la comprensión de la mayoría de la gente respecto a la economía verde. Nos guste o no, sigue siendo un tema polémico. ¡Y eso en sí mismo no es negativo! Creo que debemos asumir los conflictos políticos subyacentes y enfrentarlos cara a cara. Al determinar quiénes son los perdedores y los ganadores, y al traer luz a la caja negra de la formulación de políticas impulsadas por intereses particulares, podremos comenzar a reunir las mayorías políticas que necesitamos para una transformación real.